
NUESTRA SEÑORA DE LA CINTA.

Vocabo servum meum; cingulo tuo confortabo eum, et potestatem tuam dabo in manu ejus, et erit quasi pater habitantibus Jerusalem, et domui Juda.

Yo llamaré á mi siervo, y le adornaré con tu cinturón, y en sus manos pondré tu autoridad, y él será como padre para los moradores de Jerusalén, y para la casa de Judá.

(ISAÍ. XXII, 45 et seq.)

Todo es misterioso en la Sagrada Escritura. Palabra de Dios dirigida al hombre le recuerda la historia de su dignidad primera, le descubre el abismo á que se precipitara en su ruina, y le señala los medios de elevarse de nuevo á la altura en que Dios lo quiere; á ser una verdadera imagen y semejanza de Dios, un hijo suyo, participante de su misma naturaleza, y heredero de su gloria. Por ello todas las palabras, todos los símbolos y figuras del libro santo convergen á un solo punto: á Jesucristo, que es el fin de la ley, el primogénito de los hermanos, el tipo y el modelo de la humanidad, el regenerador del mundo, el nuevo Adán, en cabeza de quien han de ser bendecidas todas las generaciones. Su santidad y su grandeza divina, su sacerdocio, su mision y el resultado de ella: hé ahí, señores, el compendio del sagrado libro. Pero observad, que al lado de Jesucristo en todos esos símbolos y figuras aparece siempre la Virgen. Asociada eternamente por Dios á la mision de su Hijo, es inseparable de Él: y como lo había de ser en la carrera de los hechos, en el sacrificio y en la gloria, lo es también en los anuncios. La primera promesa del Creador, que viene á endulzar la amargura de los pecadores del paraíso en su desgracia, les presenta ya en el horizonte de la esperanza á una mujer, á María: y si desde allí en adelante formamos dos líneas

paralelas de sucesion en los personajes del antiguo Testamento, veremos á Jesucristo descender de Adán por los Patriarcas, los Reyes y los Profetas, que en su frente llevan un rayo de la luz de Aquel á quien figuran; á María descender de Eva en la línea de las mujeres más célebres y de las heroínas, que ostentan también en su frente un rayo de luz de la Virgen reparadora. Donde se espera un Salvador, y lo espera todo el mundo, donde se descubren sus caracteres, y se les descubre do quiera, allí se espera á María, allí se descubren su grandeza y su mision.

Ahora bien: entre las palabras más bellas y más expresivas sobre Jesucristo, llaman la atencion las de Dios por boca de Isaías, que he citado al principio. El sacerdocio de los judíos, rechazado en la persona de Sobna, y el sacerdocio de Jesucristo, anunciado en la de Eliacim, es lo que ven en ellas los sagrados intérpretes. Su santidad representada en la túnica y cingulo sacerdotal, su mision y sacerdocio en la autoridad de pontífice, su influencia y su reino en su carácter paternal. Siguiendo pues la idea de que María está siempre al lado de Jesucristo, la encontramos también en estas palabras, que, en un sentido acomodaticio, me atrevo á poner en boca del Eterno Padre como dirigidas á su Hijo, al darle desde la eternidad por compañera en su mision á la Santísima Virgen. Yo llamaré á esta criatura privilegiada, y la vestiré con la túnica de tu santidad, y la fortaleceré con el cingulo de tu gracia: yo pondré en sus manos tu potestad para que sea tu cooperadora en la redencion del mundo: yo haré que sea madre de los habitantes de Jerusalén y de la casa de Judá, sentándola á tu lado en el Reino. El cumplimiento de estas palabras en María es lo que vamos á examinar. Venid los que sois sus amantes, venid y ved los prodigios que Dios ha obrado en María, con María y por medio de María; porque en Ella, con Ella y por Ella ha querido Dios realizar sus grandes obras. Venid en especial vosotros los hijos de Tortosa, que tanto debeis á la Santísima Virgen desde el día en que, acompañada de ángeles y de los príncipes de los apóstoles, bajó del Cielo y entró en vuestro templo, y os dió en testimonio de amor el precioso dón de su santa Cinta. Yo me complazco, y mi alma siente un entusiasmo santo al veros agrupados en torno del altar de María. ¡Oh, que es bello espectáculo el de una generacion, que atravesando por entre las falanges de la impiedad que mentidas teorías y revoluciones azarosas nos legaron, dá al mundo, y á los ángeles y á los hombres un testimonio auténtico de su fé y su religion! No es posible dudarle: la devocion á la santísima Virgen

forma el carácter de nuestro siglo, y se presentará siempre á la admiración del mundo como el medio escogido por el Eterno, para salvar á la sociedad del abismo á que quisieron lanzar los filósofos y los indiferentistas. ¡Ojalá que con mis palabras logre yo arraigar más y más en vuestros corazones esta devoción! Pidamos esta gracia por intercesión de la misma Virgen: A. M.

Le vestiré de tu túnica: hé ahí la primera palabra de Dios por Isaias: ella nos conduce desde luego al exámen de los prodigios que el Señor obró en María. Hay, señores, para el hombre, un momento rodeado de oscuridad misteriosa que se esconde á las investigaciones de la ciencia: el momento en que al formarse el cuerpo en el seno de la madre, Dios le infunde el alma. Momento comparable solo al en que Dios dijo: sea hecha la luz, y la luz fué hecha, ó al en que infundiendo en Adán espíritu de vida, fué hecho en ánima viviente (1): momento que abre al hombre las puertas de la vida, y dá á su alma el principio de una existencia que no acabará jamás. Pero ese momento tan bello, de esperanzas tan halagüeñas, es, á la vez, el principio y la fuente de todas sus miserias. Nace el hombre á la vida natural, y nace á la muerte espiritual; nace á gozar de los encantos de la naturaleza, y nace privado de los atavíos de la gracia. El hombre es concebido en pecado, lleva la corrupción en su seno. La miseria, la lucha de las pasiones con la razón, la concupiscencia, el pecado son los frutos de esa raíz de muerte; y habiendo sido criado para formar las delicias de Dios, que en él viera su imágen, se presenta de tal modo, que el Señor se ve como precisado á apartar de él sus ojos hasta que su gracia le restituya en el bautismo toda su belleza. Hé ahí como nacemos todos: hé ahí lo que es todo hombre.

Pero he dicho mal, oyentes. Hay una criatura privilegiada, que fué libre de esta corrupción general, que fué exenta de esa ley, y á quien dijo el Señor en el primer instante de su vida: no temas, hija mía, que esta ley no fué dada para tí (2). Esta criatura es María. María, que en su primer instante aparece tan hermosa á los ojos de Dios que le hace exclamar: Eres toda hermosa, amiga mía, y mancha no hay en tí (3). Tal es el primer prodigio obrado por Dios en María: su concepción en gracia. Y no podía ménos de ser así. Asociada

(1) GEN. II, 7.
(2) ESTER XX, 13.
(3) CANT. IV, 7.

por Dios á Jesucristo, destinada á reparar con Él las ruinas que causó el pecado, debía estar libre de todo pecado, para ser como el principio de la regeneración de la humanidad y el tipo de la humanidad regenerada. Yo, dice el Señor á su Hijo, la llamaré de la nada, y la vestiré de la túnica de tu santidad, y aplicándole los méritos previstos del que debía nacer de Ella, que eran ya reales delante de Dios, la santificaré como á su tabernáculo en el amanecer de su existencia (1).

¡Cuán hermosa es María en este instante! Yo no encuentro para expresarlo otras palabras que las del ángel: Dios te salve, llena de gracia (2). En Jesucristo está la plenitud de la gracia y de la santidad (3); y de esta plenitud es vestida María ántes que otra criatura y sobre todas ellas. Dios, porque la ama, la predestina y la hace imaculada, y la embellece con su gracia. Pero esto no es más que el principio, la base de los prodigios de Dios en María: el complemento de ellos es la Maternidad.

Yo la ceñiré con tu cinturón, y con ello la robusteceré, dice el Señor, para que á su vez pueda ceñirte encerrándote en su seno. María es madre de Dios. Para que así sea, el Señor coloca en ella todos los atavíos de su gracia, simbolizados en la cinta de oro matizada de plata, que en el sagrado cántico se promete á la esposa (4): para que así sea, el Espíritu Santo desciende sobre Ella y la virtud del Altísimo la cubre con su sombra (5); y el Señor la sostiene con su izquierda, mientras la rodea con su derecha (6). Para que así sea, suspende las leyes de la naturaleza, y en las entrañas de una Virgen, sin dejar de serlo, toma carne y se hace hombre el mismo Dios. ¡Qué prodigio, señores! Al vislumbrarlo Jeremías, exclama lleno de admiración: El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra: *La Mujer*, la mujer por excelencia, rodeará, ceñirá en su seno *al Varón* (7). ¡Qué dignidad, señores, la de María! ¡Madre de Dios! ¿Quién podrá medir la longitud y latitud, la altura y profundidad de esta palabra? ¿Quién sondeará el abismo de grandeza que en ella se encierra? Nadie, señores. Es una grandeza única, es exclusiva de María. Así como no hay más que un Dios, así tampoco hay ni puede haber más

(1) PSALM. XLV, 5.
(2) LUC. I, 28.
(3) JOANN. I, 14.
(4) CANT. I, 10.
(5) LUC. I, 35.
(6) CANT. II, 6.
(7) JEREM. XXXI, 22.

que una Madre de Dios. El Padre eterno ama tanto á María, que quiere, por así decirlo, elevarla hasta Él, haciendo que la llame Madre su mismo Verbo á quien engendra Él de toda la eternidad entre el esplendor de los santos. ¿Quién á vista de tamaña grandeza no se humilla y encoge, como los ángeles encogen sus alas ante Dios? «¡Ah! exclama S. Pedro Damiano, que toda criatura se imponga silencio, que toda criatura baje los ojos, y que apénas se atreva á mirar la inmensidad de esta incomparable dignidad (1).» La misma Santísima Virgen se admira y exclama: *hizo en mí cosas grandes el que es poderoso* (2). ¡Cuán hermosa es María! dijimos al hablar del primer prodigio. ¡Cuán grande es María! debemos añadir al hablar de éste. Más grande que Ella solo es Jesucristo, solo es Dios.

Pero esta grandeza no es tampoco el fin, como no lo fué aquella hermosura. Una y otra se dirigen á poner á María en estado de cooperar á los grandes prodigios que quiere Dios obrar sobre la tierra con Ella y por medio de Ella. Veamos los primeros. Una sola palabra basta para expresarlos todos. Redencion. ¡Oh! ¡Cuán sublime es esta palabra! Ella encierra la esperanza de cuarenta siglos, y los votos de todas las generaciones; ella explica los deseos del mundo, y los anuncios de los Profetas; ella es la grande obra de Dios, porque se dirige á restaurar en cabeza de Jesucristo todas las cosas, en el Cielo y en la tierra (3). María concurre con Él á esta grande obra.—El hombre había sido criado para Dios, y quiso vivir para sí, y no tener más Dios que á sí mismo. Dios por ello le abandonó á sus propias fuerzas y á sus deseos; y cayendo de un abismo en otro abismo, llegó al extremo de la corrupcion más degradante. Aspiró al cetro del universo, y cuando más, empuñó un cetro de caña quebradiza; buscó la corona, y la encontró tan solo de espinas; quiso la púrpura, que simboliza el poder y la majestad, y no tuvo pompa sinó para cubrir sus llagas, y esconderse á sí mismo su fealdad. Esta idea nos hace concebir la palabra de Pilatos, presentando á Jesucristo al pueblo: *Ecce homo* (4). Hé aquí al hombre. Sin embargo, Dios, que pudiera reprobalo eternamente, se compadece de él, y le promete una redencion; pero espera á dársela cuando el hombre, en su loco deseo de grandeza y haciendo esfuerzos mil para levantarse como quería, sin el concurso de Dios, agotó sus fuerzas, conoció su miseria, y por boca de sus ma-

(1) SERM. I DE NATIV. VIRG.

(2) LUC. I, 49.

(3) AD EPHES. I, 10.

(4) JOANN. XIX, 5.

yores filósofos confesó que solo de Dios podía venir el remedio. Lo dijo Sócrates, lo dijo Platon, lo dijo Ciceron.

¿Y qué es la redencion? Es la satisfaccion á la justicia de Dios de las ofensas que del hombre ha recibido: es la reanudacion perfecta de las relaciones entre el Criador y la criatura, es la rehabilitacion del hombre en sus antiguos títulos, para que desde este punto camine la humanidad al logro de su fin, á la union, á la posesion del sumo Bien. Para ello es preciso que la humanidad, que quiso exaltarse en alas del orgullo, y se separó de Dios por la desobediencia y por el grito de una libertad absurda, buscando su grandeza en los goces del sentido, vuelva sobre sus pasos, baje de la torre que su soberbia ha fabricado, y puesta en el lugar que le es propio, siga el camino único que la conduce á Dios. Ese sacrificio del orgullo y de la sensualidad, la humanidad estaba demasiado corrompida para hacerlo por sí: ese camino no había hombre que pudiera señalarlo á los demás. Eran precisos unos hombres nuevos, unos nuevos padres, un nuevo Adán, una segunda Eva. Dios los envía. Son Jesucristo y María. Jesucristo, que ocupando el lugar del primer Adán, obró en razon inversa de éste; siendo grande por ser Dios, no se ensoberbeció, ántes bien se humilló y anonadó á sí mismo (1): siéndole propuesto el goce, no se abalanzó á él sinó que buscó la Cruz (2) y el sacrificio; y siendo libre no quiso hacer su voluntad, ni buscar su gloria, sinó la voluntad y gloria del Padre (3); y con su sacrificio expió la prevaricacion primera, clavando en la Cruz el decreto de nuestra condenacion borrado con su sangre (4); y con su ley y sus ejemplos enseñó el nuevo camino; y con sus méritos nos alcanza la dignidad de hijos de Dios (5). Fijémonos ahora en María. Dios, al elegirla Madre de su Hijo, la viste de su túnica, y la ciñe con el cingulo de su santidad, y Ella se humilla y se llama su esclava (6): Dios la hermosea, y Ella obrando en direccion opuesta á Eva, renuncia á todo placer, y ofrece á Dios el sacrificio de sí misma; y pasando adelante, no tiene más ley ni más voluntad que la ley y la voluntad de Dios. Eva desobedeció, amó el placer, buscó la grandeza: María se humilla, renuncia á todo goce y se somete á la voluntad de Dios. Por ello, en cuanto es posi-

(1) AD PHILIPP. II, 6, 7, 8.

(2) AD HEB. 12, 9.

(3) JOANN. VI, 38; VIII, 50.

(4) AD COLOSS. II, 14.

(5) AD GAL. IV, 5.

(6) LUC. I, 38, 48.

ble que lo sea una pura criatura, es la única digna de ser Madre de Dios, es la única digna de la elección que Dios hace de su persona para obrar en unión con Ella la redención del mundo. Sigámosla en su carrera, y sigamos á Dios, que en todo pide su cooperación.

Cuando llega la plenitud de los tiempos, el mundo espera á su libertador. Del limbo se levanta una voz suplicante, y se une á la voz de toda la tierra, que clama se abran los Cielos, y lluevan las nubes el rocío tantos siglos deseado. Los ángeles se preparan á adorar al Dios hombre, según la orden del Eterno. ¿Por qué no se realiza aún el gran misterio? ¿Por qué se detiene el Omnipotente? Es que falta una condición; falta el consentimiento de María. Todos miran á Dios, y al ver que Dios fija su mirada en María, á Ella se vuelven los ojos de todos. Gabriel la saluda, y en nombre de Dios le pide su consentimiento. María se turba, se humilla, pero no resiste; tan solo presenta un obstáculo, tan solo parece poner una condición: la de no perder su virginidad. Dios la aprueba, el ángel en su nombre lo asegura, y la Virgen exclama: Hágase, Señor, según vuestra palabra (1). Al eco de ese *fiat* poderoso, el Cielo se abre, el Espíritu Santo desciende sobre Ella, el Hijo de Dios toma carne y se hace hombre en sus entrañas virginales, y el universo entero preludia el cántico de su libertad. Así es como María por medio de su consentimiento ha cooperado verdaderamente á la salvación del mundo.

Pero asociada desde el principio debe estarlo hasta el fin. El Hijo que de Ella nace es una víctima. Su Madre debe acompañarle al sacrificio, y lo lleva al Templo á ofrecerse á la muerte, y le sigue en su carrera, y le acompaña á su consumación. Subid al Calvario, donde se decide la suprema de las cuestiones. También allí es María la cooperadora con Dios. Jesús pende de la cruz luchando con las agonías de la muerte: su cabeza cae sobre el pecho, sus ojos se cierran, su boca se entreabre con dolor por la sed ardiente que le devora, el pecho se levanta y enronquece con el afán de la respiración, su alma se halla anegada en un mar de amargura, y se queja de que su Padre le ha desamparado (2). Entretanto el cielo se oscurece, el sol se eclipsa por no alumbrar en tan tétrico momento, la luna se tiñe de color de sangre, la tierra se estremece, las piedras chocan y se rompen; y en su estremecimiento hacen bambolear la cruz, el aire se agita y brama en huracán, todo es confusión, y el monte del sacrificio, que antes se

(1) Luc. I, 38.

(2) MATH XXVII, 46.

viera inundado de gente que blasfemaba en su furor, principia á verse desierto y silencioso, porque todos huyen hiriendo su pecho al conocer su crimen (1). Solo entre las sombras aparece junto á la cruz en pié y firme como roca la Madre del Crucificado, que no quiere separarse del nuevo árbol de la vida. Ella oye que su Hijo se queja desamparado de su Padre, y levanta al Cielo sus ojos para descubrir la voluntad de Dios, que aún detiene el último golpe. ¿Sabeis la causa, señores? Una mujer, junto al primer árbol en el paraíso, causó la ruina del mundo con el primer hombre; otra mujer, junto al segundo árbol en el Calvario, le ha de devolver su grandeza con el segundo Adán. Dios, que esperó su consentimiento para que el Verbo tomase carne, quiere que consienta en su sacrificio, y pronuncie un segundo *fiat*. ¿Lo hará esa Madre? Sí, señores, Dios lo quiere; y como para María, que ama á Dios con el amor más perfecto, no hay otra voluntad que la de este Dios para salvar al mundo, dice S. Juan, no duda en sacrificar á Jesús. La santísima Virgen no duda tampoco en sacrificarle por amor al mundo. ¡Oh, cuán grande es María en este instante! ¡Cuán grande es el mundo! Su reconciliación con Dios, su libertad, su grandeza, su redención, todo le viene por Jesús y por María.

Perdonad, señores, si me he alargado en estos puntos. Creeréis defraudadas vuestras esperanzas; me creeréis tal vez muy lejos del asunto que hoy llama vuestra atención, á saber: de la protección y amor que os manifiesta María, de los bienes que os trae el precioso dón de la Santa Cinta, y del culto con que la honrais; pero no lo estoy. Todos los bienes que al mundo en general y en particular á vosotros os vienen por María, son el fruto de su santidad y el resultado de su misión sobre la tierra: su culto tiene por fundamento los títulos que hemos examinado. Escuchadme todavía un poco y lo veréis, considerando la continuación de los designios de Dios sobre María, y los prodigios que por medio de Ella obra en el mundo, y los que obra en favor vuestro, en cumplimiento de la palabra de Isaías: Tendrá potestad paternal sobre los habitantes de Jerusalén y de la casa de Judá. La redención, señores, no es una cosa pasajera: es la obra del amor divino, y en sus efectos es eterna como Dios. La redención tiene por objeto volver al hombre su libertad perdida, engrandecerle, santificarle, sancionar la alianza eterna entre el Criador y la criatura; hacer que el árbol de la Cruz que se plantó en el Calvario regado con sangre divina, produzca frutos de santidad, de civi-

(1) Luc. XXXII, 44, 45, 48.

lizacion, de gloria eterna; hacer, en una palabra, que el Cielo sea la tierra del hombre, y la tierra el Cielo de Dios. En la realizacion de este prodigio quiere Dios tambien por compañera á la mujer, á María. La que siendo un prodigio en sí misma, fué la primera obra y el tipo de la regeneracion de la criatura; la que en union con Dios obró la redencion del mundo, es el medio por el cual se aplican á todos los siglos y á todos los pueblos los frutos de esa redencion. Para ello Dios la eleva á la última grandeza que le faltaba: la hace Madre del hombre. De Jesucristo, dice Dios por Isaías, que será como Padre de los habitantes de Jerusalén y de la casa de Judá. Lo mismo dice de María. Jesucristo con su muerte nos hizo hijos de Dios Padre que dispuso la redencion, y nos hizo tambien hijos de la Santísima Virgen que cooperó á ella. Jesús declara á María Madre de los hombres, y al hacerla tal, le infunde los caractéres de una madre. ¡Oh! esto nos eleva sobre los ángeles y los serafines que rodean su trono. Ellos, cuando más, la llamarán su Reina: su Madre, jamás. Esto es propio tan solo de Jesucristo y del hombre redimido con su sangre.

¿Sabeis cuáles son los caractéres de una madre? Yo los reduzco á tres: el patrocinio, el magisterio y el amor, María los cumple; y el mundo entero se ve protegido por ella, enseñado por ella, y por ella amado; y la Iglesia canta deberle sus victorias y su libertad, los pueblos su grandeza y su civilizacion, los pecadores el perdon, los desgraciados el consuelo. Dó quiera encontramos á María, dó quiera la vemos Madre que protege, Madre que enseña, Madre que amando salva. La historia lo dice, y el culto que el mundo entero la rinde, es el cántico de la gratitud, el himno de la alabanza, la confesion del amor y la esperanza. Yo quisiera, siguiendo paso á paso esa historia y esas tradiciones, haceros ver allá donde se ama á María el reinado de la piedad y de la fé católica, la pureza de las costumbres, y los progresos de la civilizacion que acompañan á su culto, reproducir los sublimes conceptos de los antiguos Padres, y entrar en las catedrales góticas levantadas como monumento de las glorias de María, y registrar en todas partes los trofeos que las ciencias y las artes han rendido á sus piés; pero no puedo ni debo hacerlo. Yo quisiera al ménos recorrer en los anales de la España la historia de sus triunfos y sus glorias, unida á la historia de la devocion de los españoles á la santísima Virgen, y verla en Zaragoza, y en Covadonga, y en las Navas de Tolosa, y en la conquista del nuevo mundo, y en las obras de los Ildefonsos é Isidoros, y en los cantos de nuestros trovadores, y en las bellezas de Velazquez, de Juanes y Murillo; pero esto si bien

nos toca más de cerca, no es mi objeto primario. Lo sois vosotros, hijos de esta ciudad amada de María, y con relacion á vosotros voy á ocuparme de los prodigios que Dios obra por medio de Ella. Dios ha dicho: le daré tu potestad, y tendrá el carácter y la autoridad paternal sobre los hijos de Jerusalén y la casa de Judá. María lo tiene sobre la Iglesia, lo tiene en especial sobre vosotros.

Así como Dios quiso vestir á la santísima Virgen con la túnica de la santidad de Jesucristo, y ceñirla con el cingulo de su gracia y su poder; así tambien quiso ceñir á vuestra ciudad con el cingulo de la gracia y proteccion de María. Dios lo quiso, María lo quiso tambien, y Ella misma bajó del cielo á obrar este prodigio. Vuestra ciudad se había hecho digna del amor de la santísima Virgen. Visitada por Santiago y S. Pablo en su viaje á España, como sostiene vuestros historiadores, ilustrada con las virtudes de santos obispos, y con la sangre de sus mártires, había sido siempre amante de María. Vuestros padres, que vieron eclipsadas sus pasadas glorias y gemian bajo el yugo de los mahometanos, lograron al fin arrojarlos de sus muros ayudados por el conde de Barcelona, D. Ramon Berenguer: reconociendo á la santísima Virgen por Madre suya, se consagran á su servicio como hijos; y á los diez años, en 1158, emprenden levantarle magnífico templo, donde con culto religioso le prueben su amor y le pidan su proteccion. Concluido en 1178, queda en noviembre de dicho año consagrado á Dios, en honor de la santísima Virgen. Esta Señora quiere premiar su celo: y bien pronto, en marzo de 1179, baja del cielo acompañada de ángeles y de los santos apóstoles Pedro y Pablo, y entra en el templo mientras los ángeles cantan el más sublime de los cánticos de la Iglesia, el *Te Deum*. A este tiempo un sacerdote santo, cuyo nombre reservó Dios para sí, en vision maravillosa ve, al dirigirse al templo, sus puertas abiertas y oye el canto sagrado. Confuso porque cree haber llegado tarde á los maitines, y más aún por oír el *Te Deum* cuando debía rezarse el oficio ferial, se acerca, y descubre multitud de ángeles en el recinto de la iglesia, que le llaman y le acompañan al altar mayor con cirios encendidos. Allí una matrona augusta se le presenta en trono de majestad: es María, la Madre de Dios y de los hombres; es María, que le alienta y le dice: «Porque vosotros, habitantes de Tortosa, habeis construido este templo á gloria de mi Hijo y mía, y me venerais con solicitud, os amo, é intercedo con mi Hijo por vosotros: y por tanto, este cingulo con que me ceño, fabricado por mí, os lo entrego para que lo tengais como memoria y prenda de mi amor. Manifiéstalo al obispo,

«al clero y al pueblo de la ciudad.—¿Cómo me creerán, Señora, si estoy solo?—El monje mayor, responde María, está en el coro y «presencia todo esto; él dará fé contigo.» Dice, y descendiéndose su hermoso cingulo, que es esta misma santa Cinta que ahí venerais, baja de su trono, y la deja sobre el altar. Así consta en vuestro archivo y en vuestros historiadores. Lo demás vosotros lo sabeis mejor que yo.

La santa Cinta es un símbolo del amor de María, y una prenda de su proteccion: es á la vez un premio del culto con que se la honra. María os ama y os protege. El regalo de la santa Cinta os lo prueba. «Os amo é intercedo con mi Hijo por vosotros, y en prenda de ello os dejo este cingulo.» La Santísima Virgen os reconoce por hijos, porque en el Calvario os tomó por tales, y os ama con predileccion sobre otros pueblos; por ello os dá lo que no dá á todos. María os ama. ¿Puede desearse mayor felicidad que la de ser amados de la Reina del Cielo y de la tierra, de la que tiene la mision sublime de hacer llegar á nosotros los admirables frutos de la redencion? La Santísima Virgen es la tesorera de esos grandes bienes; y los tiene para derramarlos sobre los que la aman, para enriquecerlos y llenar sus tesoros. El amor de María es para el hombre la fuente de todos los bienes, porque ese amor es el principio de su intercesion poderosa; y ésta, á la cual Dios nunca se resiste, tiende á hacer efectivos para nosotros los grandes beneficios del sacrificio del hombre-Dios. La reconciliacion con Dios, el imperio de la fé, la caridad, la paz, el perdon, la salud, la ilustracion y la civilizacion verdadera, son los bienes que trajo al mundo la redencion, los bienes que María, ejerciendo por disposicion de Dios una potestad maternal con nosotros, viene á traernos. El Cielo, la tierra y el infierno lo reconocen confesando su poder. En el Cielo los ángeles, que la llaman su Reina; en la tierra los hombres, que la apellidan su Madre; en el infierno los demonios, que la reconocen por su mortal enemiga, que victoriosa siempre destruye su imperio. Vosotros tambien lo confesais, porque desde que os dió su santa Cinta os ha colmado de bienes. Tortosa no ha visto extinguida su fé, la piedad no ha faltado en ella, y á su sombra han crecido siempre vuestros medios de felicidad. Habeis tenido en todo tiempo hombres santos, varones sabios, y héroes, que con las armas en las manos han immortalizado el nombre de vuestra pátria. Desde entónces vosotros lo sabeis, y en vuestros archivos está escrito: cuantos han acudido á María, recordándole su dón y su promesa, han recibido la salud y la felicidad. Sus prodigios

son innumerables. Las aguas del rio *Celada*, que en furiosa avenida amenazaban, en 1642, con muerte segura, á Pedro Centellas y su familia, aplacadas por la invocacion de María y la presencia de la medida de su santa Cinta; el peso de un coche alijerado al eco del nombre de María, para no aplastar bajo sus ruedas á un paje del canónigo que traía la santa Cinta desde Madrid: enfermedades graves, partos dificiles, tempestades horrosas apaciguadas á presencia de esa reliquia lo prueban bien. Y en época más reciente, como aseguran testigos presenciales en la sumaria recibida al efecto, cuando en el sitio puesto por los franceses en 1810, la iglesia estaba llena de gente, y un proyectil enemigo cayendo en la bóveda de la capilla de la santa Cinta, parecia llevar la muerte en su seno, no llevó sinó una nueva prueba del amor de María, desapareciendo al agujerear la bóveda sin daño de nadie, y sin que nadie lo viera. En fin, en 1855, la epidemia del cólera, que huyó de vuestra ciudad desde que se invocó la proteccion de la Santísima Virgen por medio de esta reliquia, viene á confirmar lo que he dicho: María os ama y os protege, y en su santa Cinta os dá la prenda de su amor y proteccion.

Pero notad, señores, la otra circunstancia de este dón: es un premio. «Porque habeis construido este templo, y me venerais, os amo y os doy este cingulo en prenda de amor.» La práctica de la Religion, el culto de Jesucristo y de María, es la razon que alega la Señora como impulsiva de su dádiva. La Religion, pues, y con ella el culto de María, ha sido y ha de ser siempre la condicion que presida al cumplimiento de su promesa. El dón que en sí mismo es un premio á la religiosidad, á la fé y al culto de la santísima Virgen, no será fuente de otros dones, si faltan esas condiciones. La razon lo apoya, y la historia lo confirma. ¿Cuándo se vieron en mayor número esos prodigios de la proteccion de María? Prodigios los obró siempre; pero más y más visibles desde que se dá un culto especial á la santa Cinta por medio del rezo propio y fiesta pública; más visibles aún desde que en enero de 1617 se crea la Cofradía: mayores desde que para satisfacer la piedad se lleva á las casas donde la necesidad lo pide, el trozo que la devocion de un obispo le movió á cortar, y se puso en un relicario aparte en 1620; multiplicados desde que se extiende su culto á otros pueblos, y es llevada á Madrid á peticion de nuestros reyes; y continuos desde que la piedad de vuestros mayores le dedica esa magnífica capilla, y los monarcas españoles le ofrecen la riquísima caja donde se contiene el relicario. Es decir, que crecieron los prodigios á medida que se avivaba la fé, y se extendía el culto

de María, que dió causa á su precioso regalo. Y es, que con el culto de María se reanima la fé, y se engendra la virtud, y se ama y practica la religion de su Hijo.

Ahora bien: así como fué, y ha sido hasta ahora, así será. ¡Ay de vosotros si dejaseis ese culto, y aún más, lo que ese culto significa y encierra, si disminuyese vuestra fé, y se debilitase el sentimiento católico en vuestro pueblo! ¿Qué sería entónces de la proteccion de María? Esta Cinta, ahora prenda de amor, se convertiría en fiscal de vuestra prevaricacion, y en señal de reprobacion y de castigo. Pero léjos de nosotros esta idea, porque esto no sucederá, Tortosa, que al través de tantos siglos y vicisitudes, ha conservado su fé y su amor á María; Tortosa, que en medio de la indiferencia y la impiedad que corroe los pueblos, se mantiene católica, y léjos de disminuir hace crecer el culto de María, como un mentís solemne á la filosofia y á la impiedad del siglo, no olvidará jamás á la Santísima Virgen; y Ella os repetirá todos los dias: Porque me amais y honrais á mi Hijo y á mí, os entrego este cingulo como una memoria y una prenda de mi amor. Tortosa con ello será feliz, será grande: pátria siempre de héroes verá disiparse sus enemigos como el humo, y en su seno no anidará el horrible áspid del vicio, ni en sus muros ondeará el pendon de la herejia; y aún cuando alguna vez la revolucion pasee desgraciadamente por sus campos su negro estandarte, aún cuando el huracán que le acompaña haga estremecer tal vez los cimientos de su fé y de su felicidad, no deberá temer. El huracán no es eterno. Dura una hora y pasa, y la aurora aparece de nuevo, el sol brilla, la calma se restablece, y el pueblo protegido por María recobra todas sus grandezas. Sí: sereis grandes, señores, porque sois hijos de María: este pueblo es su herencia, este templo es su palacio, ese altar es su trono, y desde él os dice siempre, como Dios á Salomon en otro tiempo: «He escogido y santificado este lugar para que en él permanezca mi nombre eternamente, y mis ojos y mi corazon estén abiertos sobre él todos los dias hasta la consumacion de los siglos (1).» Dios, dice la Santísima Virgen, me ha hecho grande haciéndome aparecer como un prodigio en mi concepcion y maternidad; me ha hecho grande eligiéndome para obrar con Él el gran prodigio de la redencion del mundo; me ha hecho grande dándome autoridad maternal sobre Jerusalén y la casa de Judá, sobre toda la Iglesia, sobre la España y sobre Tortosa, para hacer llegar á todos los pro-

(1) 2. PARALIP. VII, 16.

digiosos frutos de la redencion: hé aquí que vengo á dároslos á vosotros, que sois mis hijos, y á quienes he dado en mi cingulo una memoria de mi promesa, un testimonio de mi proteccion, y un símbolo ó prenda de mi amor.

Cofrades de la santa Cinta, habitantes de Tortosa, españoles todos, sed siempre católicos, sed hijos de María, y sereis felices. Lo sereis en el orden del individuo, de la familia y de la sociedad; lo sereis en el cuerpo y en el espíritu; lo sereis en la tierra, y despues eternamente en el Cielo.